

DIÁLOGOS SOCRÁTICOS

LOS ENAMORADOS

PLATÓN

Versión de AGC

En casa de Dionisio el maestro de letras había entrado, y allí vi a aquellos de nuestros muchachos que más fama tienen de distinguidos por su figura y como hijos de hombres de bien, y también a sus enamorados. Ello es pues que dos de los muchachos estaban disputando, pero sobre qué era no acababa de oírlo bien, aunque sí me daba la impresión de que era o bien acerca de Anaxágoras o bien de Enópides la disputa: por lo menos parecía que estaban dibujando circunferencias y, apoyando sobre ellas con las manos, imitaban no sé qué planos inclinados, y todos afanosos en su empeño. Conque yo (porque es que estaba sentado junto al enamorado de uno de ellos), dándole con el codo pues, le preguntaba qué era aquello en lo que estaban tan afanosos los muchachos, y así le dije: «A buen seguro que ha de ser algo importante y hermoso en lo que tanto afán tienen los dos puesto.»

A lo cual él: «Pero ¿qué importante», me dijo, «ni qué hermoso?: pues sí, que lo que ellos están haciendo es despotricar sobre las nubes o las estrellas y divertirse con disquisiciones y filosofías».

Conque yo, sorprendido de su respuesta, le dije «Joven, ¿es que te parece algo deshonesto el dedicarse a esas investigaciones? O ¿por qué hablas con tal dureza?».

En esto el otro (que es que se hallaba sentado muy cerca de él, como su rival en amor que era), al oírme preguntarle y lo que él me respondía: «Poco provecho te mando, Sócrates», me dijo, «de andarle preguntando a ése si considera deshonesto dedicarse a ciencia ni investigaciones: o ¿es que no sabes que ése hombre se pasa toda la vida enzarzado en llaves de lucha libre y hartándose de comer y de dormir? Así que ¿qué pensabas que iba a responderte sino que son deshonestas las investigaciones y la ciencia?»

Y era éste, de los dos enamorados, hombre muy versado en las artes de la cultura, mientras que el otro, al que criticaba, lo era en las de la gimnasia. Así que a mí me pareció que había que dejar al primero de ellos, al que le estaba preguntando, ya que ni aun él mismo pretendía ser hábil en razonamientos, sino en acciones, y en cambio al que pretendía ser más entendido seguirle preguntando, a ver si a su vez podía sacar de él algún provecho. Conque le dije pues: «En común por cierto hacía yo la pregunta, pero, si tú crees que puedes responder mejor que éste, a ti te pregunto lo mismo que a él le preguntaba, si te parece que el dedicarse a investigaciones y filosofías es cosa digna o no.» Estando pues más o menos por aquí nosotros, habiéndonos oído los dos muchachos se callaron, y cesando ellos en su disputa, se convirtieron en oyentes nuestros. Que lo que a esto sintieron los enamorados no lo sé, pero lo que es yo, sentí gran turbación: pues siempre suelo turbarme de los jóvenes y hermosos. Aunque me parecía que también el otro no menos agonías que yo estaba pasando. Lo cual no

quita que por lo menos me respondió, y muy decorosamente por cierto: «Pues y cómo, Sócrates», me dijo, «que, cuando yo estime que el investigar o filosofar es cosa deshonrosa, ni aun por hombre siquiera habré a mí mismo de considerarme, ni a cualquier otro que tome tal actitud», esto apuntado a su rival en amores, y hablando en alta voz, para que le oyeran bien los mancebillos.

A lo que yo le dije: «Así que entonces honroso y noble te parece el dedicarse a la investigación y disquisición científica».

«Pues sí, por supuesto», dijo.

«Dime pues», le dije yo, «¿te parece acaso que sea posible saber de cualquier cosa que sea si es noble o si deshonrosa sin que uno sepa de ella para empezar que es lo que es?»

Respondió que no.

«¿Sabes pues», le dije, «qué es el investigar o filosofar?»

»Y luego ¿que otra cosa sino aquello de Solón?: Pues Solón viene a decir:

»"Y envejeciendo voy siempre a aprender más y más", y lo mismo me parece a mí, que siempre tiene que estarse enterando de alguna cosa el que se ponga a filosofar, así sea de joven como de viejo, para aprender en su vida todo lo más que pueda."»

Conque a mí a lo primero me pareció que tenía razón en lo que decía; luego, tras meditar en ello algún tanto, le preguntaba si creía que la filosofía fuera riqueza de conocimientos.

A lo que él «Cierto que sí», me dijo.

«Y por cierto, ¿consideras que esa filosofía sea solamente honrosa y noble, o también provechosa y buena?», le pregunté.

«También provechosa y buena», respondió, «y bien que sí».

«Y entonces, dime, ¿ves eso como algo propio y exclusivo de la filosofía, o te parece que también en las otras cosas se da lo mismo?: por ejemplo, la dedicación a los ejercicios o gimnasia, ¿consideras que es no solo honrosa y noble, sino también provechosa y buena? ¿O no?»

Aquí él, y con mucha sorna, me dio una respuesta doble: «Bien, para los oídos de éste, déseme por dicho que no es ni lo uno ni lo otro, sin embargo, para los tuyos, Sócrates, reconozco que es cosa tanto noble como buena; que a la verdad, así lo creo.»

A lo cual pues, le pregunté yo: «Entonces, ¿qué?: ¿también en las cuestiones de gimnástica consideras que la abundancia de ejercicios constituye la dedicación a la gimnasia?»

Conque él me dijo: «Sí por cierto, tal y como en lo del filosofar la abundancia de conocimientos constituye la dedicación al saber o filosofía.»

Y proseguí yo: «Y en fin, ¿piensas que los que se dedican a la gimnasia desean otra cosa sino aquello que les haga encontrarse de cuerpo en buenas condiciones?»

«Eso es lo que desean», respondió.

«¿Así que son los muchos ejercicios», le pregunté, «los que al cuerpo le hacen estar en buenas condiciones?»

«Pues ¿cómo iba a ser», dijo, «que con pocos ejercicios tuviera uno el cuerpo en buena forma?»

Conque me pareció que era allí momento de hacer entrar en juego al aficionado de gimnasia, para que me viniera en ayuda con su experiencia de las técnicas gimnásticas; así que luego le pregunté: «Pero y tú, en fin, ¿a qué te nos estás ahí callado, bendito de Dios, mientras éste dice tales cosas? ¿O es que también a ti te parece que los hombres están en buenas condiciones de cuerpo con los muchos ejercicios, o más bien con los moderados?»

«Es que yo, Sócrates», me dijo, «pensaba que eso, en fin, lo que suele decirse, que hasta un ceporro tenía que saberlo, que son los ejercicios moderados los que mantienen los cuerpos en buenas condiciones, a ver de dónde si no, que no va a ser un hombre falto de sueño y malcomido y con un pescuezo flojo y flaco de tantas preocupaciones»; que en oírle decir esto se holgaron los mancebos y se echaron a reír, mientras el otro se sonrojaba.

Conque yo le dije: «Entonces ¿qué?: ¿estás tú ahora de acuerdo en que no son los muchos ni los pocos ejercicios los que les hacen a los hombres tener los cuerpos en buena forma, sino los moderados? ; O vas a empeñarte en hacernos frente, a uno contra dos, sobre este punto del razonamiento?»

A lo que él: «Lo que es frente a ése», me contestó, «aun a bien que de muy buena gana seguiría disputando, y cierto estoy que bien capaz sería de sostener la posición que había tomado, y aun otra que hubiera tomado más débil que ésa; que con él no tengo ni para un diente; pero frente a ti no tengo por qué andar peleando por opiniones a contrapelo, que reconozco que no son las muchas prácticas gimnásticas, sino las moderadas las que proporcionan a los hombres una buena forma».

«Y ¿qué me dices de los alimentos?: ¿los moderados o los muchos?» le pregunté.

También respecto a los alimentos reconocía que los moderados.

Y asimismo todavía le invitaba yo a reconocer que en cuanto a todas las demás cosas que al cuerpo tocan, las más útiles eran igualmente las moderadas, y no las muchas ni las pocas; y me reconocía que sí, que las moderadas.

«Y ¿qué pasa», le dije, «con las que tocan al espíritu?: ¿son las que se le aportan con moderación las que le aprovechan, o las que sin medida?»

«Las que con moderación», me dijo.

«Veamos pues: entre los alimentos que se le aportan al espíritu ¿están también las enseñanzas de la ciencia?»

Así lo reconocía.

«Así que también de éstas son las moderadas las que aprovechan y no las muchas.»

Se mostró de acuerdo en ello.

«Y entonces, si hemos de preguntar a alguien, ¿a quién deberemos preguntarle cuáles son los ejercicios moderados y los alimentos por lo que toca al cuerpo?»

Sobre esto estábamos los tres de acuerdo en que a un médico o a un maestro de gimnasia.

«Y ¿a quién, si se trata de simientes, cuál es la cantidad de siembra moderada y conveniente?»

También sobre eso estábamos de acuerdo en que al agricultor.

«Y si se trata de interrogar sobre enseñanzas de la ciencia con vistas a la plantación y siembra del espíritu, ¿a quién deberemos preguntarle cuántas y cuáles son las moderadas y convenientes?»

A partir ya de este punto, nos encontrábamos en gran aprieto y llenos todos de indecisión; conque yo, bromeando con ellos les pregunté: «¿Queréis, ya que nosotros no salimos de este aprieto», les dije, «que interroguemos a estos mancebillos? ¿O es que por ventura nos da vergüenza, como dice Homero de los pretendientes, al no estimar que pueda haber otro ninguno que llegue a tender el arco?»

El caso es que como me parecía que perdían ánimos para el razonamiento, me puse a tentar la investigación por otra vía, y así les dije: «Pero ¿cuáles vendrán a ser las enseñanzas que a nuestro buen entender creemos que ha de recibir el que se dedique a ciencia y filosofías, ya que no todas han de ser ni aun muchas?»

Tomándome la palabra pues el más entendido de los dos, me respondió: «Demos por sentado que son las más nobles de las enseñanzas de la ciencia y las más convenientes aquellas de las que más renombre pueda uno conseguir en ciencia y filosofía; y el mejor renombre habrá de conseguirlo si se le tiene por entendido en todas las técnicas y artes, o si no, en el mayor número de ellas por lo menos y en especial en las importantes y más dignas, habiendo de ellas aprendido aquello que les es bien aprender a los hombres libres y de bien, todo lo que atañe al entendimiento, no a las artes manuales.»

«Entonces pues vienes a decir algo», repuse yo, «como lo que se da en el arte de la edificación: que también ahí un albañil puedes bien comprarlo por cinco o por seis minas, pero un arquitecto consumado, ni por diez mil dracmas: pocos, a la verdad, podrán encontrarse ni aun entre todos los helenos. ¿No será algo así lo que vienes a querer decir?»

Con lo cual, siguiendo mi propuesta, convenía él en que algo así es lo que decía.

Le pregunté, por otra parte, si no era imposible que aun sólo dos técnicas que fuera las aprendiese de ese modo un mismo sujeto, cuanto menos muchas y de importancia.

A lo cual él: «No tomes mis palabras, Sócrates», me dijo, «en el sentido de que cada una de las técnicas tenga que dominarlas el que se dedica a la investigación por filosofía con el mismo detalle y precisión que el propio que posee la técnica respectiva, sino tal como corresponde a un hombre libre y de bien y debidamente educado, y que sea capaz de sobresalir entre la concurrencia en seguir las explicaciones que desarrolle el artesano o técnico, y aun contribuir con su parecer y juicio, de tal modo que aparezca como el más feliz ingenio y el más inteligente de los que en cada ocasión estén presentes a las discusiones y a las prácticas que se realicen en las técnicas o ciencias particulares.»

Conque yo (porque es que todavía estaba dudoso de adónde quería ir su razonamiento): «No sé si me hago cargo», dije, «de cómo es el filósofo u hombre de ciencia al que te refieres: que me parece que quieres decir algo como lo que en la competición deportiva son los pentatlos o gimnastas de cinco juegos con respecto a los corredores o a los luchadores; pues también ellos son inferiores a éstos en los ejercicios respectivos y se clasifican detrás de ellos, pero son los primeros de los demás deportistas y los vencen [en los juegos que no son propios de cada uno de ellos]. Acaso quieras decir que es algo así lo que el investigar por filosofía les proporciona a los que se dedican a esa ocupación, que con respecto a los primeros en la inteligencia de las técnicas o ciencias quedan inferiores, pero llevando en ella el segundo premio, están por cima de los demás, y que así viene a ser algo como un subcampeón en todas las ciencias el hombre formado en filosofía; a un hombre de ese tipo me parece que es al que apuntas.»

«Bien por cierto», dijo, «veo que comprendes, Sócrates, lo que al filósofo u hombre de ciencia se refiere, cuando lo has comparado con el pentatlo. Pues viene él a ser sencillamente un hombre tal como para no rebajarse ni someterse a práctica ninguna ni aun para tener trabajada ninguna cosa hasta el detalle nimio al punto de, por la dedicación a esa sola, quedarse corto en todas las demás, tal como les pasa a los técnicos y artífices especializados, sino estar ducho moderadamente en todas».

En fin, que yo, después de esa respuesta, empeñándome ya en averiguar claramente qué era lo que quería decir, me puse a inquirir de él si suponía que los buenos eran útiles o perjudiciales.

«Útiles, Sócrates, por supuesto», respondía.

«Conque entonces, si los buenos útiles, los malos perjudiciales.»

A lo que se mostraba de acuerdo.

«Y dime, los hombres de la filosofía ¿los consideras útiles o no?»

Y él convenía en que útiles, y aún más, añadía que los consideraba útiles en el más alto grado.

«Ea ya, sepamos de una vez, si es verdad lo que dices, en qué será en los que sean útiles esos nuestros subcampeones. Pues es evidente que al menos con respecto a cada uno de los que poseen las técnicas particulares el hombre de filosofía es de menor valor.»

Así lo reconocía.

«Veamos pues: tú, por ejemplo», le dije, «si sucede que caes enfermo tú o alguno de tus seres queridos en quienes tengas gran interés, ¿qué es lo que harás si quieres recobrar la salud: hacer venir a tu casa al subcampeón aquel, al hombre sabio y de ciencia, o llamar al médico?»

«Lo que haría yo sería llamar a ambos», me contestó.

«No te agarres a decirme que a ambos», le dije yo, «sino a cuál de los dos preferiblemente y en primer lugar.»

«Eso, desde luego», dijo «nadie puede ponerlo en duda, que será al médico preferiblemente y en primer lugar al que se llame.»

«Y dime: en un barco batido por la tempestad ¿a quién mejor te encomendarías tú mismo y a quién tus posesiones: al piloto o al hombre de filosofía?»

«Por supuesto que al piloto.»

«Y así lo mismo entonces en todo lo demás, que, en tanto que haya un técnico y especialista, no es útil el hombre de filosofía.»

«Así parece», dijo.

«Y entonces nos encontramos ahora con que el filósofo u hombre de la Ciencia nos es inútil: pues técnicos y especialistas siempre los hay más o menos. Pero habíamos convenido en que los buenos eran útiles, y que los malos perjudiciales.»

Se veía obligado a reconocerlo.

«Y ahora, después de esto, ¿qué: quieres que siga preguntándote, o es un poco demasiado rudo el preguntar...?»

«Sigue y pregunta lo que quieras.»

«En fin, yo», le dije, «no a otra cosa voy sino a repasar los puntos en que estamos ya de acuerdo. Que más o menos son así: convinimos en que era cosa noble la investigación filosófica y la Ciencia y que aun nosotros éramos hombres de Ciencia y filosofía, así como también que los hombres de filosofía eran buenos, y que los buenos útiles, en tanto que los malos, inútiles y perjudiciales; pero a su vez ahora hemos reconocido que los filósofos u hombres de la Ciencia, allí donde estén los técnicos o científicos especiales, son inútiles; y que los hay siempre. ¿O es que no se ha convenido en todo esto?»

«En todo, ciertamente», respondió.

«Reconocemos pues, a lo que se ve, al menos según tu razonamiento, que, si es cierto que el investigar y filosofar consiste en ser entendidos en las técnicas o ciencias de la manera que tú dices, malos son ellos y son inútiles, en tanto que haya entre los hombres técnicas y ciencias. Bien, pero a fin, querido muchacho, de que no se vean ellos en tal trance, no sea ya tampoco el filosofar aquello de ser un estudioso de las técnicas, ni pasar la vida metiendo la nariz en mil menudencias y aprendiendo un gran número de saberes, sino alguna otra cosa; que por cierto bien pensaba yo que eso era una deshonra y que obreros se llama a los que están dedicados a las técnicas. Pero el modo de que sepamos más claramente si en efecto tengo razón en lo que digo es que vayas contestando a lo siguiente: ¿quiénes son lo que entienden en domar bien y educar caballos?: ¿son los que hacen de ellos los mejores caballos o son otros?»

«Los que hacen de ellos los mejores.»

«Y ¿qué pasa con los perros?: ¿no son los que entienden en hacer de ellos los mejores perros aquéllos que igualmente entienden en castigarlos y educarlos bien?»

«Sí por cierto.»

«¿Es una misma pues la ciencia o técnica que los hace ser los mejores y la que los disciplina y educa bien?»

«Así me lo parece», contestó.

«Y ¿qué te parece?: ésa que los hace ser los mejores y los castiga, debidamente ¿es también la misma que distingue y conoce los que valen y los que son malos o es otra distinta?»

«Es la misma», dijo.

«¿Estarás dispuesto entonces a admitir eso también para los hombres, que aquella que hace de ellos los mejores hombres ésa es también la que los educa y disciplina debidamente y la que distingue y conoce los que valen y los malos?»

«Por supuesto que sí», me dijo.

«Y entonces además, la que con uno lo haga, también con muchos, y la que con muchos, también con uno.»

«Sí por cierto.»

«Y eso, en fin, lo mismo con caballos que con todos los otros seres.»

«Así lo creo.»

«¿Cuál es pues la ciencia o técnica que hay en los estados que a los indisciplinados y a los que se salen de la ley los castigue debidamente?: ¿no es la técnica del derecho y de los jueces?»

«Lo es.»

«¿Es pues a alguna otra técnica o virtud a la que llamas también justicia o es a esa misma?»

«No a otra que a ésa.»

«Y veamos entonces: aquélla por la que castigan y educan debidamente ¿es ésa también por la que conocen y distinguen los que son de bien y los que malos?»

«Esa es.»

«Pero el que conozca a uno ¿conocerá también a muchos?»

«Ciertamente.»

«Y por supuesto, el que respecto a muchos se equivoque ¿también podrá equivocarse respecto a uno?»

«Eso creo.»

«Así que entonces, si, siendo uno un caballo, no distinguiera o conociera los caballos que valen y los malos, ¿también podría equivocarse sobre sí mismo y no saber cómo es?»

«Sí, así es.»

«Asimismo, si, siendo vaca, se equivocara y no conociera las vacas buenas y las malas, puede que tampoco supiera cómo es ella misma.»

«Cierto», dijo.

«Y en fin, ¿lo mismo también si fuera un perro?»

Así lo reconocía.

«Pues ¿qué?: en el caso de que, siendo uno un hombre, se equivoque y no conozca los que son hombres de bien y los que malos, ¿no es cierto que también ignora de sí mismo si es hombre de pro o si es un hombre vil, puesto que también él es un hombre?»
Convenía en ello.

»¿Y eso de no conocerse a sí mismo es sabiduría o falta de sabiduría?»

«Falta de sabiduría.»

«Así que ¿conocerse uno mismo es sabiduría?»

«Así lo creo», dijo.

«Eso es pues, por lo visto, lo que el letrado que está en Delfos recomienda, ejercitar la sabiduría y la justicia.»

«Por lo visto.»

«Pero es también por ésa misma por la que entendemos en castigar y educar debidamente.»

«Sí por cierto.»

«Así que entonces, ésa por la que sabemos debidamente castigar es justicia, y por la que sabemos distinguirnos y conocernos, tanto a uno mismo como a otros, sabiduría.»

«Así parece», respondió.

«Una misma cosa son pues justicia y sabiduría.»

«Se ve que sí.»

«Y bien, ello es, por supuesto, que también los estados viven y se gobiernan bien cuando los que hacen mal pagan la pena de justicia.»

«Verdad es lo que dices», respondió.

«Y además, entonces, eso es el arte o ciencia política.»

Se mostraba de acuerdo en esto.

«Y ¿qué me dices de cuando un hombre solo gobierna un estado debidamente?: el nombre que se le da ¿no es el de dictador y el de rey?»

«Sí que lo es.»

«Y gobierna entonces por la ciencia o técnica real y por la dictatorial.»

«Así gobierna.»

«Así pues ¿también ésas son las mismas técnicas que aquéllas otras?»

«Parece ser que lo son.»

«Y ¿qué cuando un señor él solo gobierna y administra una casa debidamente?, ¿qué nombre se le da?: ¿no se le dice el administrador y el amo?»

«Sí, eso.»

«¿Cómo pues podrá también ese hombre gobernar y administrar la casa debidamente?: ¿será por virtud de justicia o será por alguna otra ciencia o técnica?»

«Por la de la justicia.»

«Así que son una misma cosa, por lo visto, rey, dictador, político, administrador, amo, sabio, justo; y asimismo una sola ciencia y técnica son la real, la dictatorial, la política, la señorial, la económica, la justicia, la sabiduría.»

«Así es» dijo «lo que parece.»

«¿Qué pasa entonces con el filósofo u hombre de la Ciencia?: ¿que cuando un médico hace algún razonamiento sobre los enfermos, es vergonzoso para él no poder seguir las razones ni contribuir con nada acerca de lo que se está diciendo o se está haciendo, y así también cuando se trate de cualquier otro de los artífices o científicos especiales, mientras que, en cambio, cuando sea un juez o un rey o algún otro de los que acabamos ahora de dejar enumerados, no va a ser para él vergonzoso no poder seguir las razones ni contribuir con algo a lo que ellos traten?»

«Pero ¿cómo no va a ser vergonzoso, Sócrates, tratándose sobre todo de asuntos tan importantes, no tener nada con que participar en ello?»

«Y ¿qué entonces?: ¿hemos de decir también respecto a esos asuntos que debe ser él un pentatlo y un subcampeón, llevándose también en esa ciencia el hombre de filosofía los segundos premios de todo, y que ha de ser inútil en tanto que haya alguno de aquellos otros, o más bien que, para empezar, su propia casa no hay que dársela a

governar a otro ninguno ni hay que quedarse segundo en ese asunto, sino que hay que castigarse y educarse uno mismo, juzgándose debidamente, si su propia casa ha de gobernarse como es debido?»

En fin, me daba la razón.

«Y luego, por cierto –supongo yo–, sea ya que los amigos se encomienden a su arbitrio en algo, o ya sea que el Estado lo ponga al cargo de tomar decisiones o de hacer justicia, vergonzoso sería, compañero, en esos asuntos mostrarse como segundo o como tercero y no ir a la cabeza.»

«Así me lo parece.»

«Muy lejos pues, bendito de Dios, se nos queda el filosofar de ser una abundancia de conocimientos y un ocuparse de las técnicas o ciencias.»

Que, en habiendo yo dicho esto, el culto y entendido, avergonzado por las cosas que al principio quedaban dichas, se quedó callado, mientras que el inculto dijo que sí, que así era; y aun los otros aprobaron las conclusiones alcanzadas.